

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, lowercase, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Conversión (convertirse, llegar a conversión)
[Conversion (become, come to conversion)]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Jager, H. J.
Publisher	Fundación Editorial de Literatura Reformada (FELIRE)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-09 15:38:17
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/197689

CONVERSIÓN **(convertirse, llegar a conversión)**

Estas palabras generalmente nos son bien conocidas a todos; y poco más o menos todos sabremos lo que hemos de entender por conversión.

El Catecismo de Heidelberg nos da una respuesta explicativa, me parece, muy digna de tener en cuenta: -«¿De cuántas partes se compone el verdadero arrepentimiento y conversión al Señor? -De dos: la muerte del viejo hombre, y la vivificación del nuevo a)».

a) Rom. 6:1. 4-6; Ef. 4:22-24; Col. 3:5-6. 8-10; I Cor. 5:7; II Cor. 7:10.

La primera consiste «en que sintamos pesar, de todo corazón, de haber ofendido a Dios con nuestros pecados, aborreciéndolos y evitándolos más y más a)».

a) Rom. 8:13; Joel 2:13; Oseas 6:1.

La segunda «es alegrarse de todo corazón en Dios por Cristo a), y desear vivir conforme a la voluntad de Dios, así como ejercitarse en toda buena obra b)».

b) Rom. 5:1; 14:17; Is. 57:15. b) Rom. 6:10-11; Gál. 2:20.

Es posible que también sepamos distinguir entre nuevo nacimiento y conversión (distinción que,

según yo opino, no se da en las Sagradas Escrituras), y entre la primera conversión y la conversión cotidiana, y entre conversión del pueblo y conversión personal. Aun cuando todos nosotros sepamos todo esto, bien puede ocurrir que las cosas no estén tan claras con nuestra conversión real. Pues cuando las Escrituras nos llaman a conversión, su intención no es sólo que sepamos bien lo que es conversión, sino que nos convirtamos real y efectivamente de determinados pecados. Cuando el Señor insta a conversión, quiere que algo cambie en nuestra vida. Y ha lugar a la pregunta de si en nuestra vida cambian muchas cosas. Un conocido teólogo se ha quejado y lamentado, en alguna ocasión, de que parece como si realmente no entendiéramos ya lo que es pecado y gracia. Así también podríamos preguntar si prácticamente tienen lugar muchas conversiones. Por eso me parece bien considerar a qué somos amonestados cuando el Señor llama a conversión.

En el Antiguo Testamento, para «convertirse» y «conversión» se usa una palabra que en la vida ordinaria sencillamente significa: volver sobre sus pasos, volver o retroceder en el camino que se lleva, cambiar de dirección. De las 1.000 veces que esta palabra sale en las Escrituras, 900 tiene ese significado ordinario expuesto.

Cuando David derribó a Goliat, los filisteos huyeron en desbandada. Y los hombres de Israel y Judá los persiguieron hasta las puertas de Ecrón y Gat. Luego, leemos: «Y volvieron los hijos de Israel de seguir tras los filisteos, y saquearon su campamento» (I Sam. 17:53). Esa misma palabra que en este texto se usa para «volvieron», también se usa para «convertirse». Así por ejemplo en I Sam. 7:3. En aquellos días, Israel se hallaba en grandes apuros.

Los filisteos hacen lo que quieren con el pueblo

del SEÑOR. En el verso 2, leemos: «... toda la casa de Israel lamentaba en pos de Jehová». Entonces dice Samuel: «Si de todo corazón os volvéis a Jehová, quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros, y preparad vuestro corazón a Jehová, y sólo a El servid». Hasta entonces los israelitas, evidentemente, habían servido a dioses extraños y se habían postrado ante Astarot, la diosa pagana de la fertilidad y de toda fuerza de vida. Su corazón no estaba dirigido al SEÑOR, sino a los ídolos. Han de terminar con esto. Su corazón debe dirigirse al SEÑOR, y eso debe evidenciarse por todo su cambio de vida. Israel, entonces, se reúne en Mizpa. Allí «sacaron agua, y la derramaron delante de Jehová». Una señal de un corazón roto y contrito que se postra ante Dios.

Luego, leemos: «... y ayunaron aquel día, y dijeron allí: Contra Jehová hemos pecado» (v. 6).

De esta historia podemos deducir en qué consiste la verdadera conversión:

1. El corazón debe estar implicado en ella. Debe darse una recta visión de que el camino seguido hasta entonces es equivocado, y una compunción del corazón, por el hecho de que Dios está airado por el pecado.

2. Esta compunción del corazón, o arrepentimiento, debe resultar en una confesión de culpa: «Contra ti hemos pecado, y hemos hecho lo que es malo a tus ojos».

3. Esta compunción del corazón y esa confesión de palabra debe tener como fruto, que nosotros, real y efectivamente, rompamos con los pecados, y que hagamos lo que al SEÑOR le agrada.

Sobre todo en los profetas encontramos repetidamente la llamada a conversión. Y son pecados concretos los que allí se nombran, por los que el

SEÑOR está herido y de los que el pueblo del SEÑOR se debe convertir.

En Amós 5:12, 13, por ejemplo, el SEÑOR dice: «Porque yo sé de vuestras muchas rebeliones, y de vuestros grandes pecados; sé que afligís al justo, y recibís cohecho, y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres. Por tanto, el prudente en tal tiempo calla, porque el tiempo es malo». Cuando el SEÑOR llama a conversión a su pueblo, quiere que éste rompa con el pecado y haga lo que El quiere. En tiempos del profeta Miqueas se quiere contentar a Dios con toda clase de sacrificios, con ofrendas y millares de carneros y medidas de aceite. Sí, hasta se preguntan: «¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?». Pero el profeta dice: «Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios» (Miq. 6:7-8).

Por lo general, en el Antiguo Testamento se llama a conversión a todo el pueblo, y con ello, como es lógico, también a cada miembro del pueblo, personalmente. Que cada uno debe convertirse personalmente, se evidencia en Ezequiel que pone el acento en la responsabilidad personal. Por ejemplo: «El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él. Mas el impío, si se apartare de todos sus pecados que hizo, y guardare todos mis estatutos e hiciere según el derecho y la justicia, de cierto vivirá; no morirá» (Ez. 18:20-21). Aquí también se manifiesta que el Señor no se goza en la muerte del pecador, sino en su vida: «Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu

nuevo. ¿Por qué moriréis, casa de Israel? Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el SEÑOR; convertíos, pues, y viviréis» (v. 32).

En el Nuevo Testamento, Juan Bautista, y luego el Señor Jesús, comienza su misterio con la llamada a conversión, porque el reino de los cielos se ha acercado (Mt. 3:2; 4:17 etc.). El pueblo judío era, en su gran mayoría, muy religioso. Los más cumplían fielmente sus obligaciones religiosas. ¿Tenían, pues, necesidad de conversión? ¿No ayunaban, y oraban, y daban sus diezmos, y se cuidaba con esmero el culto del templo? Sí, ciertamente; el fallo no estaba en sus obligaciones religiosas. Sin embargo, de nada les servía todo aquello. Porque con toda su religiosidad, los escribas y fariseos y sus seguidores no querían vivir de gracia. Vivían de la ley, con el fin y propósito de merecer la aprobación y complacencia de Dios. Pero ahora ha llegado el reino de la gracia de Dios. Ahora son llamados a ampararse en la gracia de Dios. Deben volverse, dar la espalda a sus obras muertas, religiosas, y buscar el perdón de los pecados y la vida en el Señor Jesús, en quien se ha revelado la plenitud de la gracia.

Para *convertirse* y *conversión* se usan dos palabras. Una de ellas literalmente significa: Cambiar de parecer, cambiar de pensamiento o idea, pensar y querer de otra forma. La otra, originalmente más bien parece significar: cambio de camino, costumbre o forma de vida.

Ambas palabras, en su uso, se diferencian muy poco o casi nada. En Hechos 3:19, aparecen la una junto a la otra: «Así que, arrepentíos y convertíos». Posiblemente, aquí la primera acentúa el cambio interno y la segunda marca el vuelco de toda la vida. Pero, por lo demás, tienen el mismo significado.

La palabra *conversión* comprende transformación

del corazón, de la mente, de la voluntad, de las afecciones y de todo el discurrir de la vida. Así pues, tampoco veo diferencia alguna entre: «Os es necesario nacer de nuevo» (Jn. 3:7) y «arrepentíos y convertíos» (Hch. 3:19).

Frecuentemente la relación nuevo nacimiento/conversión es presentada de la forma siguiente: —«Dios llega con su demanda: «arrepentíos», a todos los hombres, pero sólo aquellos que han nacido de nuevo pueden convertirse. (Jn. 3:3.5). En el nuevo nacimiento, el hombre es completamente pasivo, él es renacido por el Espíritu Santo; pero en la conversión, el hombre es llamado a actividad, porque él ha de convertirse, crucificar el hombre viejo y revestirse del hombre nuevo». Pero en las Sagradas Escrituras no hay fundamento alguno para esta distinción. Un hombre nunca es totalmente pasivo, tampoco en el nuevo nacimiento o conversión.

Ciertamente es Dios quien da la conversión y renueva la vida. Esto lo reconoce cualquiera que conoce al SEÑOR. Así se nos dice en Jeremías 31:18: «Conviérteme y seré convertido, porque tú eres Jehová mi Dios». Y en Hechos 11:18, está escrito: «¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!».

Pero esto no excluye que el SEÑOR llame a los hombres a conversión. Y que aquellos que ponen atención a la Palabra del SEÑOR, se conviertan. Dios conecta o embarca al hombre en la obra de la conversión. Y El echa en cara a los obstinados que no quisieron convertirse. Cual sea la relación entre la obra de Dios y la actividad propia del hombre, nadie en el mundo podrá solucionarlo jamás. Tampoco las Sagradas Escrituras lo resuelven. Ellas colocan tranquilamente una cosa junto a la otra: «Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor,

porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Filp. 2:12-13).

Si alguien vive en un pecado y el SEÑOR le llama a conversión, por ejemplo, mediante una predicación o valiéndose de la amonestación fraternal, no debe darle vueltas a la pregunta de si puede o no, sino que debe hacer lo que quiere el SEÑOR; y si lo hace, reconocerá que esto no es obra suya, sino que dará gracias a Dios de que le llevó a conversión.

¿Quizá se me advierta que en la Biblia también se habla de la imposibilidad de volver nuevamente a conversión? Efectivamente se habla de esto. En Hebreos capítulo 6. Allí se habla de apóstatas que no pueden ser renovados para conversión, porque «recayeron, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio» (v. 6). Puede llegarse tan lejos, que sea demasiado tarde para conversión. Pero ¿por qué se nos enseña esto? ¡Para que no lo dejemos ir tan lejos; para que no dilatemos tanto la conversión que se agote la misericordia de Dios!

Para que no provoquemos al SEÑOR por una perseverancia obstinada en el mal, en el pecado. Entonces podría ocurrir que tuviese aplicación la palabra del profeta: «¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?» (Jer. 13:23). Esta no es una vaga sentencia con la que nos podamos acorazar contra la llamada de Dios a conversión. Si así usamos esta Palabra de Dios, entonces estamos haciendo mal uso de ella. Pero es un ejemplo que nos avisa, y en el cual se manifiesta cuán lejos puede llegar un pueblo o una persona.

Para que si caemos en la cuenta que andamos en un camino equivocado, directa e inmediatamente nos convirtamos de nuestras transgresiones, volvamos por nuestros malos pasos y nos convirtamos al SEÑOR.

Dios no es nuestro «amado Señor» cerca del cual siempre podemos venir a parar si nos viene bien. El no deja que se juegue con El. Quien después de una serie de amonestaciones y un cierto número de avisos no quiere escuchar, en modo alguno quiere oír; nunca jamás podrá oír. Pero antes de que todo vaya tan lejos, se habrá verificado un terrible endurecimiento u oposición en aquellos que oyen la Palabra de Dios. Porque la clemencia de Dios es enormemente grande. El tiene una paciencia como no puede ser hallada en la tierra en hombre alguno. Pero si constante y positivamente se abusa de la indulgencia de Dios, puede ocurrir como hemos visto en los textos arriba mencionados. Por tanto: Si oyereis hoy Su voz, creed Su salvadora y consoladora Palabra; no os endurezcáis, sino dejados guiar. No os endurezcáis, aceptad humildes Su gracia. Que Masa y Meriba os sean de escarmiento, donde yo fui tentado por vuestros padres, cuando todo lo que mi mano realizó no les movió a temerme (Salmo 95, etc.).

Anteriormente he escrito una frase que podría llevar a un malentendido, por lo cual vuelvo sobre ella. Aquí está: «Si alguien vive en un pecado y el SEÑOR le llama a conversión, por ejemplo mediante una predicación o valiéndose de la amonestación fraternal, *no debe darse vueltas a la pregunta de si puede o no*, sino que debe hacer lo que quiere el SEÑOR; y si lo hace, reconocerá que esto no es obra suya, sino que dará gracias a Dios de que le llevó a conversión».

Con esta frase sobre el *darle vueltas* o *preguntarse*, quería decir que, para mí, la pregunta de si un hombre, tal y como es por naturaleza, puede convertirse o no, carece de importancia y significado. Para quien conoce al SEÑOR, y, por tanto, también se conoce a sí mismo, es inamovible y cierto que ningún hombre por naturaleza está en disposición y es capaz de convertirse. De esto nos damos cuenta no sólo después que nos hemos convertido o arrepentido de un pecado, sino también *antes* y *al tiempo* de nuestra conversión. En ello y para ello somos y estamos totalmente dependientes del SEÑOR. Quien opina que realmente lo puede hacer por sí mismo, está en un error. El que nosotros conozcamos nuestros pecados, el que los confesemos ante el SEÑOR y el que rompamos con ellos, lo debemos agradecer a la gracia todopoderosa del Espíritu Santo, el cual obra en nosotros el querer y el hacer para gloria de la complacencia o buena voluntad de Dios (Filp. 2:12-13). Pero con la frase apuntada me he querido volver contra la actitud de aquellos que sólo y siempre se están quejando y lamentando de su impotencia-para-el-bien, y con ello se disculpan y excusan que no se convierten.

Posiblemente algún lector me diría: —¿Pero acaso no es verdad? Nosotros estamos muertos en nuestros pecados y miserias. Nada podemos hacer.

A esto hay que responder que, efectivamente, es verdad. Pero es una media verdad.

Quien habla así, no cuenta con Dios, el SEÑOR. Siempre está ocupado consigo mismo y carece de toda visión de la todopoderosa gracia de Dios. Yo le querría indicar el pasaje de Mateo 19:23 y siguientes. Allí, cuando el joven rico se aleja lleno de tristeza porque tenía muchas riquezas, el Salvador dice lo siguiente: «De cierto os digo, que difícilmente en-

traré un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios». Entonces los discípulos se asombran y dicen: «¿Quién, pues, podrá ser salvo?» Y seguimos leyendo: «Y mirándoles Jesús, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible». Quien cree que para Dios todas las cosas son posibles, no le anda dando vueltas ni se pregunta si quiere, puede, sabe... convertirse. Sino que ora con fe y confianza: «SEÑOR, conviérteme, y seré convertido» (Jer. 31:18). Y tal persona lo hará confiado en la gracia todopoderosa de Dios, y obediente al mandato del SEÑOR. Cuando reflexiono acerca de estas cosas, siempre se me viene a la memoria el relato de Marcos sobre el paralítico. Aquí no se expresa la palabra conversión, y sin embargo podemos aprender mucho respecto a este asunto de cómo acontece en la conversión. El Señor Jesús dice a un paralítico –o sea, a un hombre que no se puede mover–, lo siguiente: «Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa». En ese instante este hombre no dice ni piensa: –«Yo debo permanecer echado, pues estoy paralítico y no puedo moverme». Sino que habrá pensado: –«Si el Señor dice que yo debo levantarme, tengo que hacerlo y podré hacerlo, puesto que El lo dice y lo quiere». Y luego leemos en el versículo 12: «Entonces él se levantó enseguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa» (Mc. 2:1-12).

De este y otros milagros del Señor Jesús podemos aprender que sin fe en la gracia todopoderosa de Dios ninguna conversión es posible. Pero donde se da verdadera fe, allí también se llega a conversión. Esto es lo que confesamos con el artículo 24

de la Confesión de Fe Neerlandesa: «Creemos que esta fe verdadera, habiendo sido obrada en el hombre por el oír de la Palabra de Dios a) y por la operación del Espíritu Santo, le regenera y le hace un hombre nuevo, y le hace vivir en una vida nueva b), y le libera de la esclavitud del pecado c)...»

a) Rom. 10:17; b) Ef. 2:4-5; c) Jn. 8:36.

Nosotros nos convertimos cuando Dios está de por medio; cuando reconocemos que el SEÑOR no quiere este o ese pecado; y El nos quiere ayudar a deshacernos de ese pecado; y cuando nosotros no reconocemos estas cosas, todo permanece como antes. Se pueden vivir casos extraños. Una vez, debí amonestar a alguien que rechazaba reconciliarse con un hermano en la fe. Había sido tan injuriado y tan vergonzosamente tratado que nunca lo podría olvidar ni perdonar. Bien podía ser que el SEÑOR así lo quisiese, pero él no lo hizo. Ningún consejo desde la ley del SEÑOR sirvió para nada. Aun cuando le expusimos que el SEÑOR tanto le hubo de perdonar a él, y que el SEÑOR no le perdonaría si él no estaba dispuesto a perdonar, de nada sirvió. No me puedo imaginar que alguien así crea realmente en el Evangelio de Jesucristo. Porque este Evangelio es poder de Dios para salvación (Rom. 1:16), y puede romper nuestro duro corazón, y hacernos dispuestos y voluntariosos para perdonar a quienes nos injuriaron.

Amenaza de castigo o juicio

Lo que acabo de apuntar, me lleva a este asunto: —¿Cómo trae Dios a conversión, por la predicación del Evangelio, o por amenaza de castigo?

Hay quienes todo lo esperan de la amenaza del castigo. Allí se opina que la predicación agresiva del infierno y de la perdición ablanda el corazón

endurecido y mueve la voluntad. Pero esto es una equivocación. Así ciertamente se suscita el miedo, pero no la conversión. Este modo, por lo general, casi siempre termina embotando los oídos de las gentes. Es cierto que por unos momentos se tiembla, pero todo vuelve a su curso normal y ordinario.

Brakel nos relata de un perrito en la fragua. El animalito primero se asusta de las chispas que saltan de la piedra de afilar. Pero muy pronto el perro se da cuenta que nada malo le va a ocurrir, y entonces se echa a dormir tranquilamente. Así pues, nunca he visto muchos frutos de este tipo de predicación a que me refería. Y cuando en una ocasión pregunté a uno de esos predicadores si veía muchos resultados de su predicación, me contestó: —«No; cuando se nos vende un caballo a uno de nosotros, se ha de mirar muy bien la dentadura del animal».

Cuando el Señor Jesús envía a los apóstoles al mundo, reciben el mandato de predicar el Evangelio a toda criatura. Esto es lo primero y primordial. Porque es un poder de Dios para salvación. Quien lo crea, será salvo. Quien no lo crea, será condenado. Con esto no sostengo que el castigo del infierno y la perdición eterna no deban tener un lugar en la predicación. Eso estaría en contra de las Sagradas Escrituras. ¿Quién ha hablado más de la muerte y de la perdición que el Salvador? Pero sí niego que la predicación del castigo deba estar en primer término.

El Señor Jesús ha comenzado su ministerio con la predicación del Reino de los cielos; y los apóstoles hicieron su incursión en el mundo con el anuncio gozoso (: Buena Nueva = Evangelio) de Jesucristo, en Quien se ha manifestado la gracia de Dios para el mundo entero. Este Evangelio llegaba

con la llamada a la fe y a la conversión. Pero quien se opuso a este Evangelio, debió oír que se perdería si perseveraba en su endurecimiento de corazón.

Quien no es movido por el Evangelio a la fe, tampoco teme en su justa medida el castigo. Quien no es arrastrado por el amor de Dios, manifestado en Jesucristo, tampoco hace mucho caso del juicio de Dios. Pero quien cree en la gracia de Dios, que excede todo entendimiento, también teme la ira de Dios y odia el pecado y lo huye, y vive saludablemente.

¿Debemos saber el tiempo de la conversión? Hay círculos de gentes donde se expone esta exigencia a todo el mundo. Como en un desierto se llama a toda persona joven a conversión. Pero esto no está de acuerdo con las Escrituras. En éstas hay muchos ejemplos de gente joven que desde niños estaban acostumbrados a temer al Señor. Ahora me viene a la memoria Samuel y Jeremías, Juan y Timoteo, quienes desde la juventud estaban enseñados en las Sagradas Escrituras y caminaron en el temor de Dios. Cuando llamamos a conversión, debemos llamar de incredulidad a fe, de un camino pecador al buen camino, de las tinieblas a la luz de la gracia de Dios.

Por otro lado, también hemos de hablar de la conversión diaria, que debe proseguir durante toda nuestra vida. En esta economía no conseguiremos permanecer sin tropezar ni caer. Pero si esto ocurre, no deberemos permanecer viviendo en el pecado, ni dudar de la gracia de Dios. Sin embargo, el saber que nunca nos deshacemos del todo del pecado, no nos debe hacer decaer o desfallecer en la lucha contra toda injusticia. Las Sagradas Escrituras no dejan el más mínimo resquicio para que tengamos paz con el pecado. A un recién curado dijo nuestro Señor: «Mira, has sido sanado; no peques

más, para que no te venga alguna cosa peor» (Jn. 5:14).

Y el apóstol Pablo pregunta: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveramos en el pecado para que la gracia abunde?», y categóricamente, responde: «En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» (Rom. 6:1-2).

Iremos tras la santidad, sin la cual nadie verá al SEÑOR. Junto a esto, también temeremos el Juicio último, donde tendremos la responsabilidad de dar fe de lo que hicimos y dejamos de hacer, de cuanto llamamos y dijimos. Según las palabras de las Escrituras: «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (II Cor. 5:10).

¿Tenemos esto suficientemente en cuenta? Es de temer que no lo hacemos nosotros. Sin embargo, sí lo sabemos decir de los demás.

Pero ¿es que también nosotros nos hemos de convertir? No sólo me refiero individualmente, sino también comunitariamente. Ambas situaciones son muy difíciles de juzgar. Dios sabe cómo son. Por tanto, siempre ha lugar a la pregunta de si no hemos de convertirnos de esto y aquello... cada día.